

DESINDUSTRIALIZACIÓN EN ARGENTINA

Patricia Laría Verónica Rama Joaquín Rodríguez¹

RESUMEN

El fenómeno se focaliza desde un marco conceptual que integra diferentes abordajes: desindustrialización como expresión de las crisis del capitalismo global, orientación de la economía a los servicios paralela a la evolución del ingreso per cápita, patrones de crecimiento kaleckianos – keynesianos y neo-desarrollismo en América Latina, el cambio estructural con eje en el sector manufacturero y desindustrializaciones prematuras - políticamente inducidas.

Se procesaron series de CEPAL, INDEC, UNCTAD, Angus Maddison - Centro de Estudios Groningen sobre Crecimiento y Desarrollo (GGDC), estudios históricos (Ferrucci, Díaz Alejandro, Llach y Sánchez), Censos Económicos, Ministerio de Trabajo y CIFRA.

El foco de la ponencia está en la evolución de los indicadores (Producto Interno Manufacturero / Producto Interno Total), (Empleo Manufacturero / Empleo Total) y Producto Manufacturero per Cápita, comparando la desindustrialización argentina con la de otras naciones y grupos de naciones.

Los resultados confirman la reducción del peso de la industria como tendencia desde mediados de los 1970s, mayor en el empleo que en el producto y notablemente superior a la economía mundial, los países en desarrollo y las naciones exportadoras.

La recuperación significativa 2003 - 2011 resultó insuficiente para revertir estas tendencias. Para lograrlo, es imprescindible una estrategia industrial prospectiva.

Palabras clave: desindustrialización prematura políticamente inducida – producto industrial per cápita

Clasificación JEL L50 L60

¹ Universidad Nacional del Comahue. Departamento de Economía. patriciailaria@yahoo.com.ar

Introducción

El avance de los nuevos paradigmas tecnológicos (microelectrónica, biotecnología, nuevos materiales y energías renovables) y de la financialización global², caracterizan la economía de las últimas décadas.

En ese marco, los datos muestran un descenso del peso relativo del sector manufacturero, lo que ha dado lugar a un “nuevo” fenómeno: la desindustrialización, que se ha abordado desde diversos enfoques teóricos y empíricos. (Van Neuss, 2016; Rodrik, 2016; Castillo y Martins Neto, 2016).

Esta reducción del peso relativo de la manufactura, en gran medida consecuencia de la operación combinada del cambio tecnológico y la financialización, se manifiesta con particularidades en los distintos países. Indagar su especificidad en la economía de Argentina resulta extremadamente importante, no solo para el diagnóstico sino para la elaboración de políticas.

¿Qué características asume la desindustrialización en Argentina? ¿Cómo estimar su impacto en el crecimiento y el desarrollo futuros? ¿Cuáles son las estrategias para revertirla? Las respuestas a estos interrogantes pueden también ser las bases de un nuevo horizonte de industrialización, pues para avanzar en el camino al desarrollo será ineludible apelar a la prospectiva y tomar la oportunidad que ofrecen las nuevas tecnologías, que tienen al conocimiento como elemento clave.

La Sección I de esta ponencia muestra la estructura conceptual construida para abordar la desindustrialización. En la Sección II se presentan y analizan los resultados del trabajo realizado para el caso de Argentina. En la Sección III se plantean conclusiones.

² Ver un análisis de la interrelación entre estos dos fenómenos en Pérez Carlota (2009).

Estructura Conceptual

La estructura conceptual de este trabajo integra los siguientes abordajes del fenómeno de la desindustrialización:

- Como parte de las crisis asociadas a la globalización y financialización de la economía.
- Consecuencia de la evolución del ingreso per cápita, siendo una etapa en la que la economía se reorienta a los servicios.
- En el marco del análisis kaleckiano-keynesiano de patrones de crecimiento y la controversia acerca del neo-desarrollismo en América Latina.
- Desde la economía del desarrollo y el cambio estructural con eje en el sector manufacturero.
- La recuperación del fenómeno mediante el análisis marxista.
- Estudios que focalizan en particular el carácter prematuro de la desindustrialización.
- El impacto de alteraciones radicales en el escenario macroeconómico lo que le otorga el carácter de fenómeno político-inducido.

Globalización financiera, desindustrialización y crisis

Este enfoque asimila la desindustrialización a las crisis que expresan la inestabilidad recurrente del capitalismo financiero global. Se entiende por crisis a aquellos periodos (algunos muy prolongados) durante los cuales la producción industrial por habitante se sitúa por debajo del nivel máximo anteriormente alcanzado. Se presentan como causas directas y primarias de estas crisis la desregulación del mercado de capitales, la industrialización de China y los excesos especulativos en los sectores financiero e inmobiliario. Durante la edad de oro (periodo más estable de la historia del capitalismo, prácticamente sin crisis) predominaban tanto un papel activo de los gobiernos como los acuerdos de Bretton Woods, que articulaba sistemas de tipos de cambio fijos pero ajustables y los controles de los movimientos de capital. La primera gran desregulación financiera, correspondiente al mercado de eurodólares, jugó un importante papel en la crisis de la deuda de América Latina de 1982. Siguió la de Japón de finales de los ochenta, la del Sistema Monetario Europeo en 1992, la del tequila mejicano de 1994, la “gripe” asiática de 1997 y la argentina de finales del siglo XX.

El vínculo desindustrialización - globalización financiera es abordado por Catalan, (2013) para analizar la economía de España en el largo plazo. Postulando que el capitalismo industrial contemporáneo es altamente inestable, el autor señala que su característica es la continuidad de las crisis, situación que, como se adelantaba, es definida como el periodo durante el cual la producción industrial por habitante se sitúa por debajo del nivel máximo anteriormente alcanzado. En consecuencia, la variable proxy seleccionada para observar estas crisis y su evolución es el producto industrial per cápita.

En un trabajo reciente sobre Argentina también se analiza la evolución del producto industrial per cápita entre 1970 y 2015, comparándolo con una serie de países. (Coatz D. y Schteingart D, 2016). Según los autores, la consideración de este indicador permite focalizar más claramente la desindustrialización. Si bien en los países desarrollados se observa una tendencia descendente de la participación industrial en el valor agregado, el producto per cápita industrial no se retrajo. En la Sección II se incluyen los resultados de la elaboración y análisis del producto industrial por habitante.

Desindustrialización y crecimiento del ingreso per cápita

Para la literatura que se presenta en este apartado, el declive relativo del empleo industrial de los países más avanzados es un indicador de que el cambio estructural parece marchar ahora en el sentido de la industria a los servicios. Van Neuss (2016) hace alusión al libro de Bluestone y Harrison (1982), referido a la desindustrialización en USA, expresando que marcó un hito e hizo más explícita la preocupación por las consecuencias sobre el crecimiento y desarrollo. El cierre de plantas que azotó el norte durante los 1970s y la erosión de la base industrial, fue explicado en parte por la globalización.

Así mismo, el término desindustrialización también ha sido aplicado a regiones que se industrializaron con base en ventajas comparativas como recursos naturales económicamente valiosos; sectores tradicionales que luego perdieron competitividad por un cambio tecnológico (ejemplo de la pulpa de papel en Barton, 2015).

De los abordajes de la desindustrialización que comparten la idea de que se trata de una etapa “esperable” en el avance del desarrollo y el aumento del ingreso per cápita de una economía, pueden extraerse, brevemente, los siguientes argumentos.

- Cambios en la Demanda sustentados en preferencias no-homotéticas. De acuerdo con esta visión, los cambios en el ingreso resultan en alteraciones de la demanda. En el

proceso de desarrollo, la actividad económica tendería a reasignarse hacia los sectores que proveen productos que responden a las necesidades más jerárquicas. Bajo el supuesto de que el crecimiento de la Productividad Total de los Factores (TPF) es el mismo en los tres sectores, los cambios en la composición de la demanda final inducirían una relación de U invertida entre el ingreso per cápita y el ratio Empleo Manufacturero/Empleo Total. (Rowthorn y Coutts, 2013).

- Cambios en la Oferta. División Intersectorial del Trabajo (Outsourcing). Para este abordaje es importante tener en cuenta explícitamente todos los bienes y servicios incorporados en el producto final, dado que las firmas que los producen son a su vez consumidoras de bienes y servicios vía insumos intermedios. (Berlingieri, 2014).

- Algunos modelos focalizan las diferencias en los precios relativos sectoriales, como consecuencia de la diferente evolución de la Productividad Total en los mismos. (Ngai y Pissarides, 2007).

- Comercio Internacional. Tomando como referencia a Krugman (1996), Matsuyama (2009) presenta un modelo global, instrumento imprescindible para identificar esta categoría de causas externas de desindustrialización.

Enfoque keynesiano-kaleckiano y eficiencia schumpeteriana

Un estudio sobre la desindustrialización de Brasil, también reciente (Dutra Fonseca, P. C., y Arend, M., 2016), aporta una estructura conceptual especialmente interesante porque incluye la formulación de políticas.

Los regímenes de crecimiento derivados de la literatura de Kalecki y Keynes, que son utilizados como eje, se apoyan en determinadas ventajas para avanzar en la inserción de la economía en el sistema global y en consecuencia desde ahí surgen las diferencias en cuanto a la formulación de políticas.

Es así que el sendero profit-led se apoya en la eficiencia ricardiana (ventajas comparativas) y está asociado a estrategias “neoliberales”. El crecimiento wage-led, por su parte, apela a la eficiencia keynesiana y por ende a políticas de expansión de la demanda, en coincidencia con el denominado social-desarrollismo. Se reconocen los límites del mercado interno como eje del crecimiento y la inevitable restricción externa. Sin embargo, la alternativa export-led, al requerir devaluaciones, termina favoreciendo la acumulación de beneficios y el deterioro del salario real. La economía de la innovación suma argumentos para “deconstruir” esta falsa disyuntiva exportación-mercado interno apelando a la

eficiencia schumpeteriana, con eje en exportación de bienes y servicios de alto contenido innovador. Este último sendero vuelve imprescindible la implementación de políticas orientadas al cambio estructural.

Referenciando este marco teórico el análisis avanza en un trabajo empírico construyendo el Índice de Desindustrialización Relativa Internacional (IDRI), con base en una serie del valor de la producción industrial en dólares constantes. Este índice permite observar la evolución de la industria en distintos países y regiones, en forma comparativa.

En la sección II se incluye el análisis completo de este abordaje de la desindustrialización.

Cambio Estructural y Manufactura: Kaldor y los Clásicos

En el año 1966, Nicholas Kaldor, (Kaldor, N., 1966), basándose en datos de las economías avanzadas de posguerra, revitalizó un pensamiento central de los economistas clásicos: la industria es el motor del proceso de desarrollo. Este “sendero” de avance hacia el desarrollo además se presenta en una serie de etapas, cada una con diferentes tasas de crecimiento y de dinamismo industrial.

Cuando un país está avanzando (es intermedio o “inmaduro”) su crecimiento económico es rápido porque el sector secundario (la industria manufacturera) muestra altas tasas de crecimiento. Mediante este proceso de industrialización, el país alcanza la “madurez” (desarrollo). Para Kaldor esto sucede cuando el ingreso real per cápita es de magnitud similar en los distintos sectores de la economía. Se apoyaba en la evidencia empírica de una alta correlación entre la tasa de crecimiento del PIB y la tasa de crecimiento de la producción industrial. Además, observaba que, a mayor tasa de crecimiento del PIB, era mayor la diferencia entre ésta tasa y la correspondiente a la producción industrial. Ritmos de crecimiento superiores a 3% anual promedio se daban solamente cuando la tasa de crecimiento del producto manufacturero era superior a la tasa de crecimiento promedio de la economía.

Su argumento era que en la manufactura el nivel de productividad y la incidencia del progreso técnico son mayores que en el resto de la economía. Como consecuencia, cuando la industria se expande más rápidamente, la productividad promedio se eleva. Pero todavía más importantes resultan las economías de escala y los rendimientos crecientes, que tienen el efecto de aumentar la productividad ante el incremento del producto total. Estos

enunciados, que después se conocieron como las leyes de Kaldor, también constituían un retorno explícito a los economistas clásicos.

En la Riqueza de las Naciones y en palabras de Smith, la división del trabajo depende del tamaño del mercado. Cuánto más amplios los mercados más profunda es la especialización y más elevada es la productividad, un círculo virtuoso que contó con los aportes de Marshall (Marshall, A., 1920) y Verdoorn (Verdoorn, J.P., 1951), quienes aseveraron que cuando aumenta la escala industrial aumentan los rendimientos.

Kaldor se inspiraba también en Young, quien considera que los rendimientos crecientes son un “fenómeno macro” a (Young, Allyn 1928) asumiendo un abordaje sistémico y estructural de la industria. Las economías estáticas de escala no tendrían lugar sin nuevos eslabonamientos y nuevas empresas o ramas industriales subsidiarias. Esta visión de la industria como un “todo relacionado”, es diferente a la “industria” neoclásica y su empresa representativa, y además, en alguna medida, hace perder utilidad a la división sectorial de la economía.

En definitiva, la industria manufacturera, con mayor nivel de productividad y de progreso tecnológico, aumenta su tamaño relativo a manera de “escalera del desarrollo”. El crecimiento de su productividad, dado el carácter sistémico de la industria y por efecto de los rendimientos crecientes, eleva a su vez la productividad de toda la economía.

En un abordaje similar, estudiosos del desarrollo (Allan George Barnard Fischer, 1939; Colin Clark, 1984; Simon Kuznets, 1973), asociaron el cambio estructural a la preponderancia relativa de un sector productivo determinado. La reubicación masiva de trabajo agrícola en la industria redundaba en un aumento general de la productividad (Van Neuss, 2016).

¿Es posible el desarrollo sin la expansión del sector manufacturero? Esta controversia continua siendo intensa. Tregenna (2014) expone claramente las dos posiciones al respecto y para esto apela a las diferencias al interior y entre distintos sectores y actividades.

En los modelos tradicionales de crecimiento el cambio estructural no requiere ni de sectores ni de actividades específicas. La asignación de recursos es consecuencia de las productividades y precios relativos. Para los análisis schumpeterianos, con eje en el cambio tecnológico, las actividades de innovación (independientemente del sector productivo)

constituyen una condición sine qua non del cambio estructural, que en consecuencia es actividad-específico. El pensamiento que otorga importancia clave a la industrialización sigue la línea post-keynesiana y en particular los trabajos citados de Kaldor. El proceso de cambio estructural se caracterizaría entonces también por el hecho estilizado de un crecimiento de la participación relativa de la manufactura hasta cierto punto. La posible expansión posterior de los servicios se vincula (con distintos argumentos) con la consolidación del sector manufacturero y sus externalidades. En este sentido, las posiciones industrialistas son sector-específicas.

Desindustrialización en la Economía Marxista: Sectores y Generación de Plusvalor

En su análisis teórico sobre la Desindustrialización, Fiona Tregenna (2013) reconoce que la literatura sobre el tema está basada mayoritariamente en el concepto de sectores de la economía (manufacturas, servicios, etc.). Este abordaje sectorial se aplica tanto para conceptualizar y medir el fenómeno (a través de las participaciones sectoriales relativas en el empleo y/o en el Producto Interno Bruto totales), como al evaluar sus consecuencias, dado que, en esa instancia, también se consideran las características diferenciales de los diversos sectores y sus implicancias para el crecimiento y el avance tecnológico. La particularidad del abordaje marxista radica en que distingue entre aquellas actividades económicas que producen plusvalor y las que no producen plusvalor, más que agrupar las mismas en un solo “sector”.

Basándose en un análisis de los textos de Marx, Tregenna plantea que en estos escritos, pueden encontrarse elementos que serían específicos de la manufactura. Esto autorizaría a concluir que muchos conceptos que sacaron a la luz los precursores de la tradición Kaldoriana pueden en realidad encontrarse en Marx. Estas propiedades intrínsecas a la manufactura incluyen rendimientos crecientes a escala, learning by doing, avance tecnológico, división y socialización del trabajo y carácter endógeno de la productividad a escala. Más específicamente las mismas figurarían en la parte de *El Capital* (Marx, 1976) que aborda la cuestión del plusvalor relativo o plusvalía relativa. Esta categoría refiere a la manufactura y al alcance de las mejoras de productividad en la manufactura, lo que sugiere que para Marx hay algo específico en la actividad industrial que es relevante para la acumulación y el crecimiento. El punto clave a reconocer sería que las propiedades diferenciadoras de la manufactura no son puramente sectoriales, no pueden interpretarse automáticamente mediante la aplicación del concepto de sector económico.

Por el contrario, están relacionadas con la forma en que la producción es organizada y desarrollada, la escala de producción, el contenido tecnológico, etc.; aspectos que podrían verse como la dimensión tecnológica-organizacional de la especificidad de la actividad.

A partir de la integración de ambos abordajes (sectorial y de generación de plusvalor) y mediante claros diagramas, la autora distingue, en consecuencia, dos variantes de Desindustrialización. La primera forma se manifestaría como un descenso relativo de la manufactura y un aumento relativo de las actividades no manufactureras que a la vez no son generadoras de plusvalor. Un ejemplo de las mismas serían los servicios correspondientes a la esfera de la circulación como las finanzas de base capitalista. La segunda forma de Desindustrialización se observaría como un cambio al interior de las actividades que generan plusvalor, mediante el cual las actividades manufactureras declinan relativamente y ceden espacio a la minería, a la agricultura o a los servicios generadores de plusvalor.

Como se adelantó, este abordaje marxista no sería incompatible, sino que podría integrarse con el criterio sectorial. Es más, esta posibilidad de complementación, permitiría reconocer entonces que existe algún tipo de relación entre el sector y las características tecnológico-organizacionales de las actividades-generadoras-de plusvalor.

De la yuxtaposición sector – generación de plusvalor pueden derivarse conclusiones respecto del impacto de la Desindustrialización sobre el cambio tecnológico y crecimiento futuros.

En esta línea, la segunda variante de Desindustrialización podría impactar sobre las actividades-generadoras-de plusvalor como totalidad, afectando negativamente la potencial dinámica del sistema capitalista. Si se reconoce que la manufactura muestra mayor potencial de aumentos acumulativos de productividad, un declive en la participación de la manufactura dentro de las actividades-generadoras-de plusvalor podría tener efectos negativos sobre la tasa de plusvalor y en consecuencia sobre la acumulación y el crecimiento en el largo plazo.

La desindustrialización prematura

En su conferencia de 1966 Kaldor se refería al Reino Unido, que había llegado a la madurez en las décadas de los 1950s y 1960s, antes que otras economías avanzadas, agotando su potencial de crecimiento sin alcanzar niveles particularmente altos de

productividad o de ingreso real per cápita. El diagnóstico consecuente fue “madurez prematura”.

Cincuenta años después, y haciendo una breve alusión a este planteo, Dani Rodrik (Rodrik, D., 2016) alerta sobre un escenario global de desindustrialización. Analiza grupos de países: los que se industrializaron primero, las economías asiáticas de industrialización más reciente, África y América Latina.

La Revolución Industrial, que permitió el crecimiento sostenido de la productividad inicialmente en Europa y USA, dividió la economía mundial en naciones ricas y naciones pobres, (economías avanzadas y economías en desarrollo). Otra onda de aumento de productividad permitió el catch-up de Japón (finales del siglo XIX) y de algunos países de Asia después de los 1960s.

Las economías avanzadas atraviesan actualmente la fase post-industrial aludida, sufriendo problemas de empleo, mayor inequidad y declive potencial de la capacidad de innovación. Sin embargo, USA muestra señales de sostener su producto industrial relativo, a pesar de la caída del empleo en el sector. Mientras que en otros países avanzados, como Gran Bretaña, hay reducción relativa del empleo y el producto manufacturero.

Respecto de las economías de ingresos medios de América Latina, que habían construido industrias manufactureras durante las décadas de los 1950s and 1960s mediante políticas de sustitución de importaciones. Rodrik considera que, a partir de la apertura comercial que se intensificó en los 1980s evidencian desindustrialización prematura.

El trabajo de Rodrik también sostiene que a lo largo del proceso de desarrollo es esperable un empuje inicial y una posterior reducción del peso relativo de la industria. A medida que aumenta el ingreso per cápita las variables proxy del sector manufacturero muestran la clásica trayectoria con forma de U invertida. Mediante un análisis econométrico sobre una muestra de países con datos desde 1950, Rodrik confirma la existencia esta curva para un país promedio.

Sin embargo, independientemente de las diferentes performances de los países y grupos de países, Rodrik confirma que, como fenómeno global, la desindustrialización se ha acelerado en las últimas tres décadas. Para demostrar esto realiza un “corte” en 1990 y encuentra que, en los años previos, el país promedio alcanzaba un máximo de

industrialización a un ingreso per cápita que equivalía al doble del asociado al pico de industrialización en la fase posterior.

La actividad y el empleo manufacturero se han ido perdiendo en forma considerable. Aun cuando el descenso del empleo es más dramático que el de la producción manufacturera relativa, este también resulta evidente. Los coeficientes máximos de producción y empleo industrial son inferiores a los de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo pasado.

Esto implica que los países industrializados recientemente alcanzan niveles máximos de industrialización inferiores a los experimentados por los países que se industrializaron previamente. Además, estos máximos se corresponden con niveles también inferiores de ingreso per cápita. Países europeos como Gran Bretaña, Suecia e Italia, llegaron a “picos” de industrialización relativa del empleo a un ingreso per cápita del orden de 14.000 dólares de 1990. India alcanzó el máximo empleo industrial relativo en 2002 a un nivel de ingreso per cápita de 2.100 y Argentina en 1958 de 5.600 dólares constantes de 1990.

Desindustrialización del empleo: ¿prematura o desarrollo?

Los trabajos recientes de José Gabriel Palma (2005, 2014) y Fiona Tregenna (2013, 2015), especifican diferentes modelos de desindustrialización, lo que permite delimitar con más precisión la desindustrialización prematura. Basándose en Rowthorn (1994) definen la desindustrialización como la reducción en el empleo manufacturero que tiene lugar cuando los países alcanzan cierto nivel de ingreso per cápita. En un análisis econométrico transversal de una muestra importante de países también identifican la relación con forma de U-invertida entre ingreso per cápita y coeficiente de empleo manufacturero relativo (Empleo en la Manufactura/Empleo total).

Palma (2014) propone cuatro alternativas diferentes según las fuentes, causas y proyecciones de la Desindustrialización. La primera se limita a la citada relación de U-invertida entre el empleo manufacturero y el ingreso per cápita. La desindustrialización es simplemente la caída relativa en el empleo manufacturero, con respecto al empleo total, que se produce cuando los países alcanzan un cierto nivel de ingreso per cápita. Las economías maduras reasignan empleo a servicios especializados como parte de su “normal” proceso de desarrollo. Como tal, bien podría tener efectos positivos en el largo plazo.

Al igual que Rodrik, Palma también postula que la U-invertida ha descendido notoriamente, década tras década, a partir de los sesenta. Mediante esta observación identifica una segunda expresión de desindustrialización: el peso relativo del empleo manufacturero se ha reducido desde los 1960s a los 2000, para el mismo ingreso per cápita. En otras palabras, el “punto de quiebre” a partir del cual el empleo industrial comienza a caer se da a un nivel de ingreso per cápita menor en la economía mundial de los 2000 que en la de los 1990s, que a su vez resultó inferior que el equivalente en los 1980s y así sucesivamente hasta la década del sesenta del siglo pasado. La tercera variante consiste en una reducción del ingreso per cápita correspondiente al punto de quiebre de la regresión: la curva de U-invertida se desplaza hacia el origen. Según las regresiones de Palma el ingreso per cápita en dólares de 2005, para un mismo nivel máximo de empleo industrial relativo, se desplomó a la mitad entre 1980 y 1990. Finalmente desarrolla en extenso la cuestión de la Enfermedad-Holandesa.

Como se mencionó en el análisis de Rodrik, diferenciar entre desindustrialización del empleo y del producto permite obtener resultados más precisos. En los países avanzados, la desindustrialización del empleo sería una suerte de “etapa previa” a la desindustrialización del producto, consecuencia del avance tecnológico y la globalización. La productividad crece más rápido en la manufactura que en el resto de la economía y esto produce un declive en el empleo manufacturero, pero no en el producto. Esta forma de desindustrialización del empleo, que se origina en aumentos de productividad combinado con el “outsourcing” de las manufacturas trabajo-intensivas, sería “compatible” con el desarrollo. Tregenna (2015) avanza en precisiones presentando tres escenarios diferentes.

La producción industrial está creciendo, en términos absolutos y también en términos relativos. Entonces el descenso es en gran medida atribuible a una caída en la intensidad-trabajo de la manufactura y no sería apropiado caracterizarlo como desindustrialización. Tratándose por lo tanto del ya mencionado proceso de cambio estructural compatible con el desarrollo. El caso intermedio sería el mencionado: en algunos países desarrollados el empleo manufacturero relativo cae pero la producción manufacturera mantiene estable su participación.

Cuando el empleo manufacturero cae porque se reduce su producción, (en forma relativa o absoluta), la situación es muy diferente. Existe el riesgo de que la economía pierda los efectos positivos del crecimiento previo de la manufactura; tratándose probablemente

de un fenómeno patológico. Los casos extremos son aquellos donde se observa una tendencia declinante de la producción manufacturera a valores constantes o del empleo manufacturero absoluto. Por ende es necesario considerar, además de la relación de U-invertida, la evolución conjunta de los coeficientes de producción y empleo manufactureros, y el valor absoluto del ingreso per cápita y de los coeficientes al inicio de la desindustrialización (es decir en el punto de quiebre de la U-invertida).

Dados el descenso y desplazamiento de la curva U-invertida, la desindustrialización prematura, que empieza a un ingreso per cápita y/o ratios de producción y/o empleo inferiores a los promedios internacionales (Tregenna, 2015, página 10), se vuelve un concepto que cambia con el tiempo. Apreciándose que la desindustrialización del empleo comenzó en USA en los 1960s, en los países europeos a fines de los 1980s, en los países avanzados de Asia en los 1990s. En el Cono Sur de América Latina fue a mediados de la década de los 1970s.

A partir de estas consideraciones el único caso verdadero de desindustrialización es el que presenta un declive sostenido de los dos ratios. Además, cuanto menores sean el ingreso per cápita y los ratios de empleo y producto en el punto de quiebre, más negativos serían los efectos posteriores sobre la economía. Finalmente, si la desindustrialización se origina o agudiza por un cambio político, no-gradual ni asociado al desarrollo, se denomina político-inducida. Siendo este último tipo de gran importancia para analizar el caso Argentino, bajo esta variante el escenario industrial futuro desmejora con respecto al escenario base.

Desindustrialización prematura político-inducida

La literatura post-keynesiana, estructuralista y schumpeteriana otorgan un papel significativo a la política económica como generadora de procesos de desindustrialización prematura, sustentado en que el impacto de la política es diferente en los distintos sectores y actividades.

Tregenna (2015) señala ejemplos conocidos. La sobrevaluación del tipo de cambio, la elevación de las tasas de interés y la liberalización comercial abrupta conducen a la financiarización y consecuente desindustrialización de la economía. En este sentido propone la existencia de la variante particular de desindustrialización prematura a la que denomina político-inducida. En igual sentido se pronuncia Palma (2005, 2014) con su

variante político-inducida de la enfermedad-holandesa. Se refiere a países de América Latina en los que la industrialización por sustitución de importaciones había alcanzado niveles que los colocaban cerca de la exportación de manufacturas. Aunque estos países tuvieran superávits comerciales en commodities, la liberalización comercial y financiera resultó en enfermedad holandesa. Dado el carácter manufacturero y político-inducido de su estructura de empleo y producción, el cambio radical en la política económica las reorientó hacia las commodities con base en las ventajas comparativas estáticas, o bien hacia servicios no transables. Palma resalta el hecho de que Argentina, Chile, Uruguay y Brasil fueron los países que más se habían industrializado previamente y que subsecuentemente implementaron las reformas más drásticas: “.. *Una vez que se ha elegido un sendero de desarrollo, es de mucha ayuda un grado significativo de pragmatismo, auto-confianza, élite capitalista progresista y un liderazgo político de vanguardia, para tener éxito en la implementación de políticas*”. (Palma, 2014, página 19).

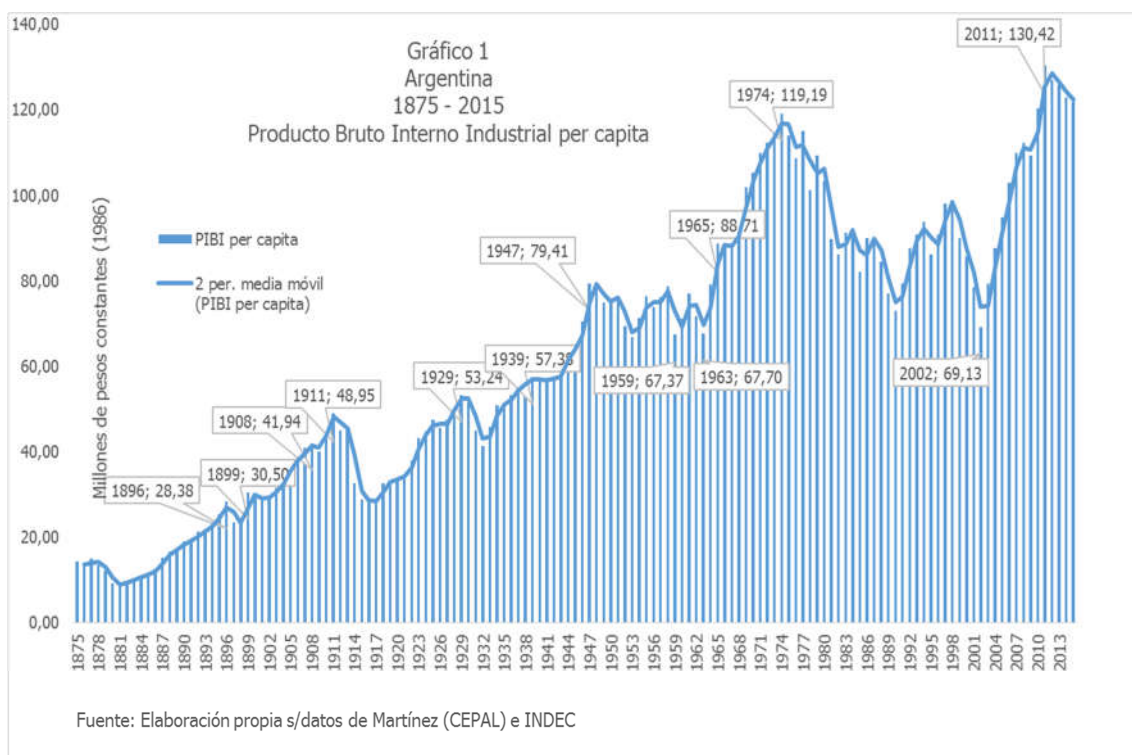
La desindustrialización y/o enfermedad holandesa político-inducidas afectaron también a países industriales a partir de la aplicación generalizada de políticas monetaristas radicales en los 1980s. El colapso de las tasas de crecimiento en USA al iniciarse la era monetarista posterior a la administración Carter y durante el gobierno de Margaret Thatcher en el Reino Unido afectó especialmente a la industria, lo mismo que en Alemania, Francia, e Italia.

La desindustrialización argentina

En esta Sección se presenta y analiza la evolución de distintos indicadores del proceso de desindustrialización de Argentina. En gran medida en función de la disponibilidad de datos, el análisis realizado incluye los siguientes aspectos: (1) Se observó la evolución del producto industrial per cápita en pesos constantes en el largo plazo. Se ubicaron y ponderaron los ciclos y los períodos de crisis. (2) Se construyó y analizó el comportamiento del Indicador de Desindustrialización Relativa Internacional (IDRI) sobre la base del valor de la producción manufacturera en dólares de 2010. Sobre esta base se analizó la performance relativa de la industria argentina en relación con la industria mundial, de los países en desarrollo y de los países exportadores. (3) Se elaboraron y consideraron las curvas de U invertida derivadas de los ratios de empleo y producción manufacturera asociados al ingreso per cápita. (4) Se evaluó en forma específica la magnitud de la desindustrialización del empleo.

Crisis, estancamiento y recesiones prolongadas

Tomando como base la Recopilación de cifras del Valor Agregado de la Industria Manufacturera a precios constantes (VAMR) elaborada por Ricardo Martínez para el período 1875 - 1997 (CEPAL, 1999) y completada con las series de crecimiento proporcionadas por INDEC, se construyó la serie de Producto Bruto Industrial per cápita (PIBI pc) de 1875 a 2015 que muestra el Gráfico 1.



Como resultado, tomando el criterio de Catalan (2013) se detectaron once crisis en los 140 años que van desde 1875 a 2015. Al igual que este autor se diferenciaron las crisis que duraron entre 1 y 4 años (seis en el período) de las crisis que lo hicieron por 5 años o más (cinco en el período).

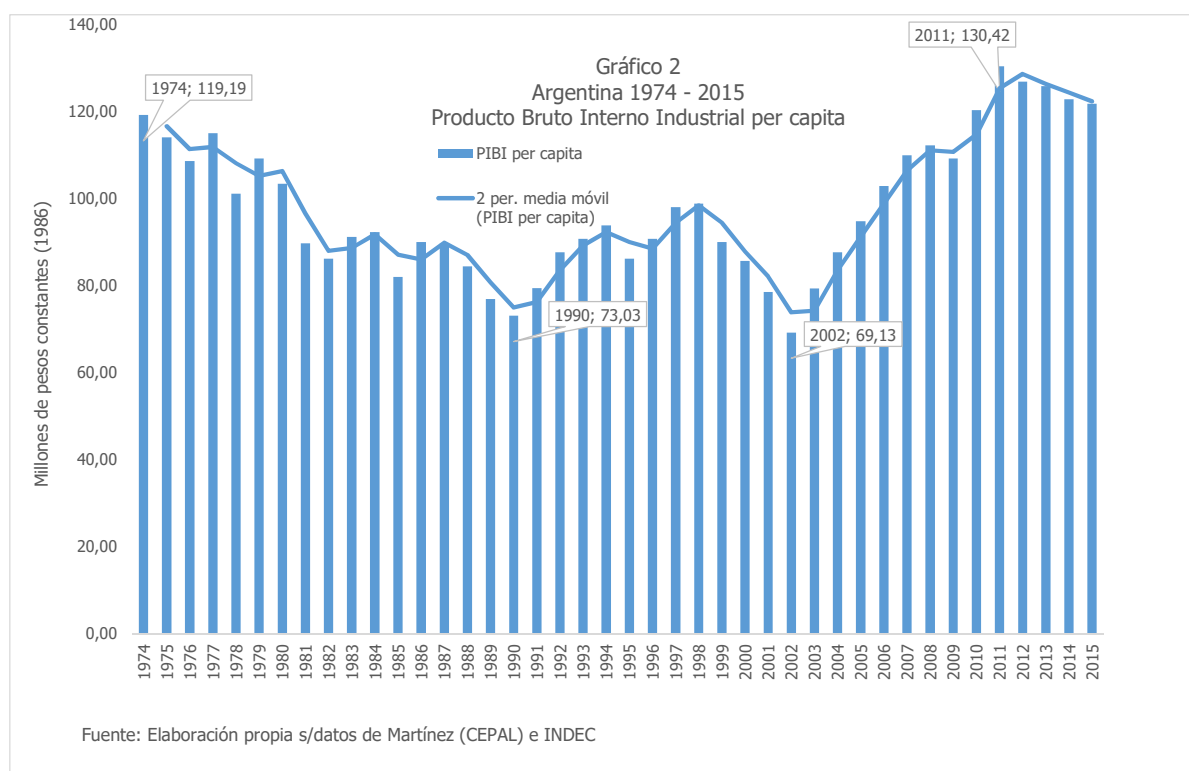
En el Cuadro 1 se sintetiza la información de las cinco crisis de un lustro o más.

Cuadro 1
Argentina 1875 - 2015
Ciclos del Producto Industrial per cápita

Ciclo	Duración total (Fase descendente y recuperación)	Duración de la fase descendente	Descenso total del PIBI pc en la fase descendente	Descenso anual promedio del PIBI pc en la fase descendente
1877 - 1886	9 años	4 años	40,67%	10,17%
1911 - 1927	16 años	7 años	42,95%	6,14%
1930 - 1935	6 años	6 años	3,96%	0,66%
1947 - 1964	16 años	7 años	15,97%	2,28%
1974 - 2011	36 años	28 años	42,00%	1,50%

Fuentes: Elaboración propia s/datos de Ricardo Martínez e INDEC.

Resulta notable la duración de la última crisis: 36 años. Recién en 2011 el producto industrial per cápita superó el nivel de 1974. Cabe resaltar que en 2012 este indicador inició otro ciclo descendente que acumula 6,63 % hasta 2015.

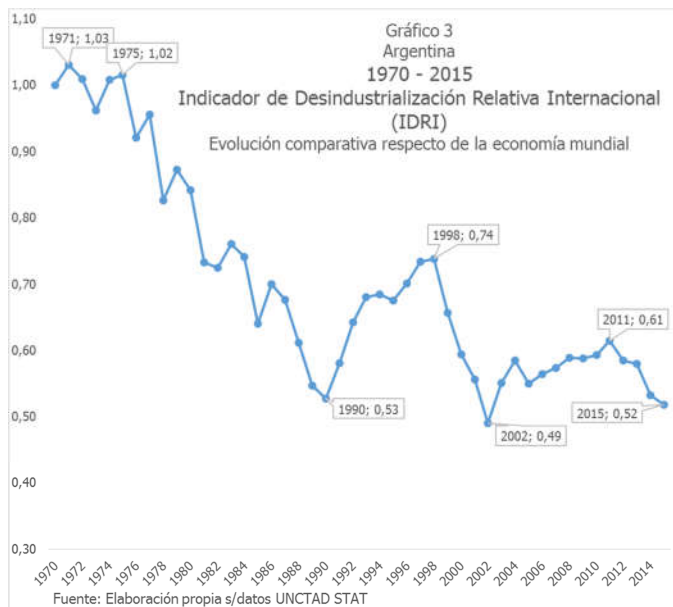


El Gráfico 2 muestra en particular la evolución durante los años de esta última crisis. Esto permite observar que tanto en 1990 como en 2002 se alcanzaron pisos similares a los niveles de producto per cápita observados en década de 1950. Las reformas instauradas en la década de 1990 no lograron consolidar un proceso de crecimiento sostenido. Es que, como se verá en mayor detalle al analizar el comportamiento del empleo manufacturero, esta expansión se debió a fuertes mejoras en la productividad, que no implicaron el inicio de un círculo virtuoso de desarrollo industrial.

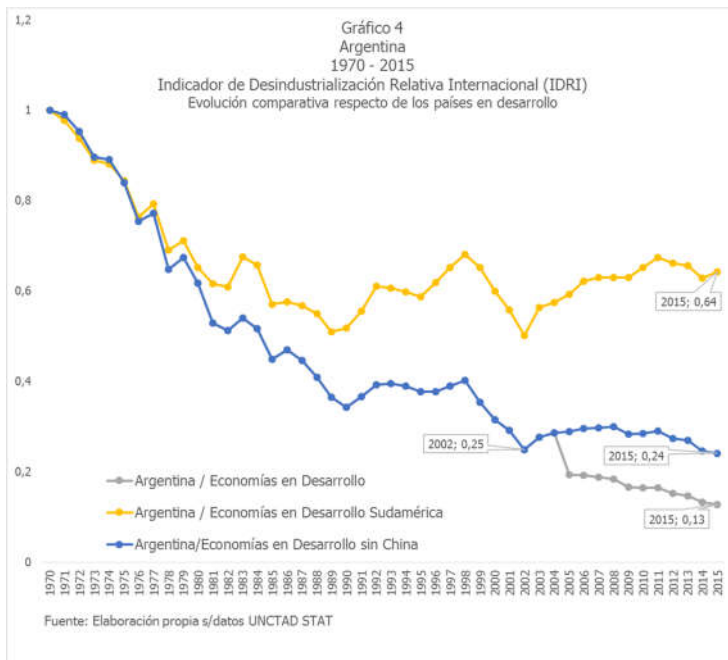
Por su parte, la recuperación iniciada luego de la crisis de 2002 fue muy significativa. Entre 2002 y 2011 el Valor Agregado Manufacturero Per Cápita creció 88 % lo que implica un aumento de 7,3 % anual promedio. Aunque con respecto a 1974 el aumento fue solo de un 9 %.

Derrumbe comparativo de la industria

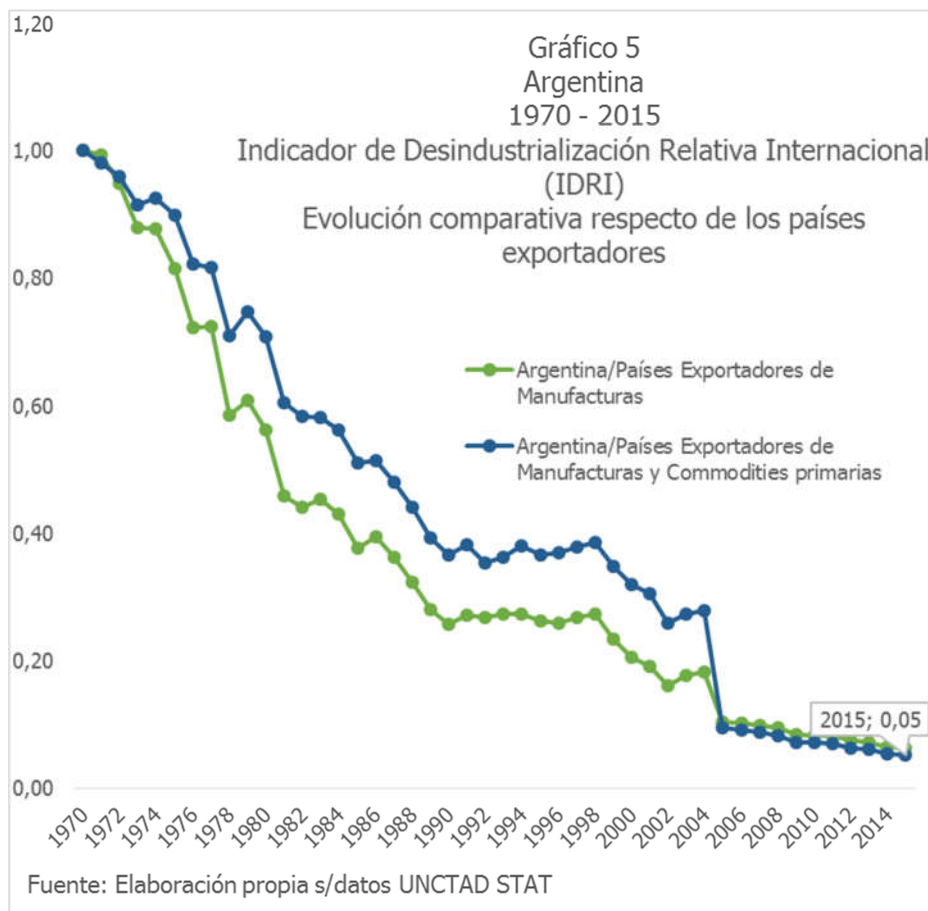
Recurriendo a la base de datos de la UNCTAD, con series de valor de la producción industrial en dólares constantes de 2010, se construyó el Indicador de Desindustrialización Relativa Internacional (IDRI) de Argentina para el período 1970 – 2015 que muestra el Gráfico 3.



Es notorio el descenso de la producción industrial argentina per cápita en relación con la del total de países. Si bien en 1998 hubo un repunte hasta 0,74, y en 2011 hasta 0,64, esta relación ha alcanzado magnitudes mínimas similares en 1990, 2002 y 2015: 0,53, 0,49 y 0,52 respectivamente.



La desindustrialización relativa respecto de los países en desarrollo alcanzó 87% y 76 % si se excluye China. Pero en donde se observa el mayor deterioro en términos comparativos es respecto de los países exportadores, tanto de manufacturas como de manufacturas más commodities primarias. Como muestra el gráfico 5 la relación ha caído de 1 a 0,05 desde la década de 1970 a la actualidad.

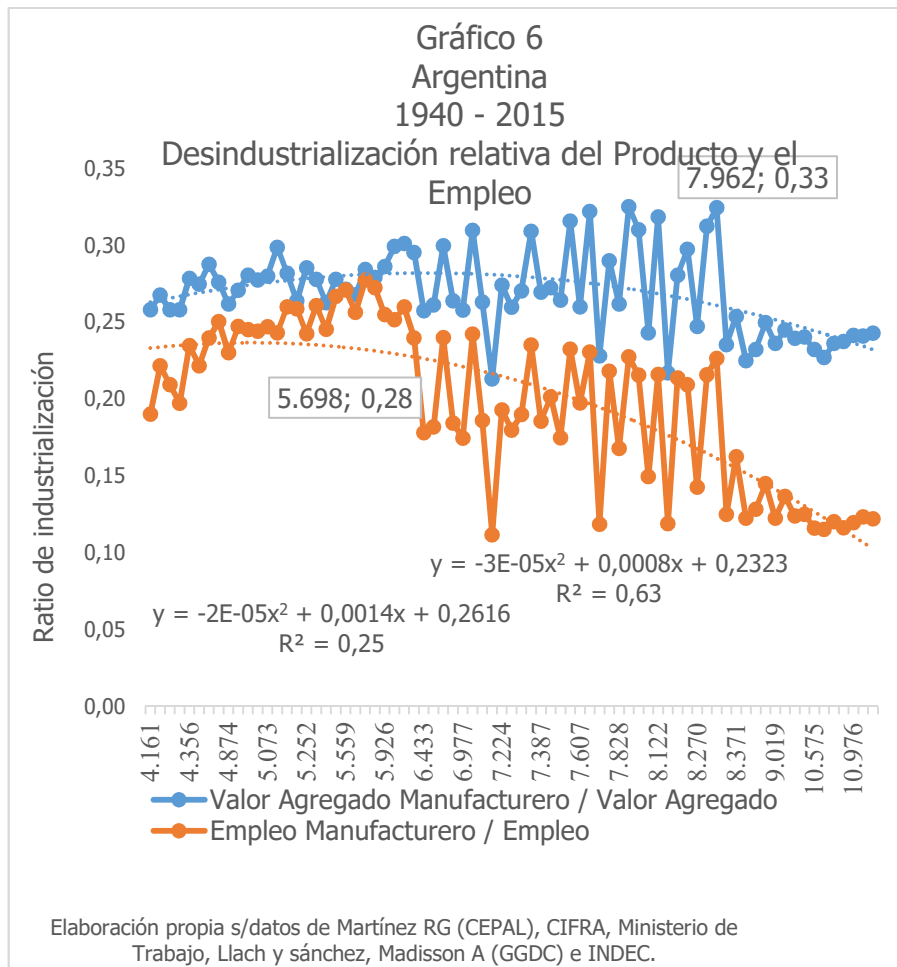


Las curvas de U invertida y la desindustrialización prematura

La idea de una “desindustrialización prematura”, de un “quiebre” anticipado sin que la potencialidad de la manufactura se haya expandido, tiene similitudes con las previas interpretaciones estructuralistas de una “industrialización trunca” (Fajnzylber, 1983) o “semi-industrialización dependiente” (Ferrer, 1979).

A partir del procesamiento de series, se muestra su trayectoria, medida a través de coeficientes de participación relativa del producto y el empleo manufactureros. El coeficiente de valor agregado relativo (VAMR) se expresa a precios constantes, en pesos de 1986 en la serie original completado con el empalme de las tasas de crecimiento del Valor Agregado Bruto a precios de productor en pesos de 1993 hasta 2004 y la nueva serie expresada en pesos de 2004 hasta 2015 (INDEC). Los trabajos de Maddison del Centro de Estudios Groningen sobre Crecimiento y Desarrollo (GGDC, 2016), permiten disponer de la serie de ingreso real per cápita de Argentina desde 1900 a 2008 en dólares constantes de 1990. Se completó hasta 2015 con las tasas de crecimiento de INDEC. Sobre la base de

estas series el gráfico 6 muestra las trayectorias de U-invertida de los ratios de empleo y producto a medida que aumenta el ingreso per cápita (en dólares de 1990).



El año de mayor industrialización relativa del producto fue 1973, con el VAMR alcanzando 32,51 % del Valor Agregado total a un ingreso per cápita de 7.962 dólares constantes de 1990. La economía nacional alcanzó el máximo de empleo manufacturero relativo, un 28 % del total, en 1958, a un nivel de ingreso per cápita de 5.698 dólares constantes de 1990. La caída en el ratio de empleo relativo (EM) ha sido una tendencia irreversible de la economía argentina desde 1958 (año de máximo empleo manufacturero relativo) hasta la actualidad. La recuperación del sector a partir de 2003 estabilizó el ratio en una magnitud superior, aunque no logró la reversión de esta trayectoria.

En consecuencia, la curva de U-invertida resulta más pronunciada y clara al considerar el peso del empleo industrial. Pues se puede ver que para niveles de ingreso muy bajos esta curva empieza a retraerse, manteniéndose bastante “planchada” la referida al peso del producto industrial. Indicando que los aumentos de productividad no se lograron

transmitir de manera virtuosa. En lugar de crecer la industria, la misma se contenía en su producto, reduciendo sus requerimientos de trabajo. Por otra parte el ratio VAMR exhibe una tendencia al declive mucho menos abrupta que la del empleo. La etapa de reindustrialización 2003-2015, si bien tampoco logró revertir totalmente la tendencia, sí consiguió aumentar la magnitud absoluta del coeficiente.

El empleo manufacturero: un caso patológico

Con la información de estudios históricos clásicos (Ferrucci 1995 y Díaz Alejandro 1970) y en particular las estadísticas de Llach y Sánchez (1984) se construyó la serie de asalariados en el sector manufacturero del Gráfico 7. Se compatibilizó esta información con la de los Censos Económicos, las series de Evolución del empleo privado registrado del Ministerio de Trabajo Empleo y Seguridad Social y la Encuesta Permanente de Hogares de INDEC.



El descenso absoluto de asalariados en la manufactura ha sido notable, disminuyendo de 1.525.304 en 1975 (máximo) a 840.055 en 2002: una caída del 82% a un nivel más bajo que en 1963. La reindustrialización a partir de 2003 elevó la cifra considerablemente, a un máximo de 1.174.695 en 2011, mostrando otro declive a posteriori. A pesar de la

recuperación iniciada en 2003, el valor máximo alcanzado en 2013 de 1.174.695 es 4,8% inferior al de 1958 y 23% más bajo que el de 1975.

Retomando el análisis del Marco Conceptual y la necesidad de observar la evolución de los coeficientes y de las variables en forma integrada, se presenta en el Gráfico 3 el ratio EM/E para el período que va de 1958 (año en que alcanzó su punto máximo) a 2015.

Conclusiones

La revisión del marco conceptual muestra que la desindustrialización es una realidad y está ocupando cada vez más espacio en la literatura teórica y en los análisis empíricos. Esta relevancia viene acompañada de preocupación por los posibles efectos negativos sobre el crecimiento y el desarrollo futuros, e incluye al pensamiento post-keynesiano, estructuralista, schumpeteriano y a los analistas del desarrollo.

Considerando el escenario económico global, la desindustrialización deriva en gran medida de la financiarización del capitalismo y del agotamiento del patrón tecnológico intensivo en energía. El impacto es distinto en el ámbito de cada país, según su “pobreza” o “riqueza” relativa, asociada a su vez al nivel de desarrollo y de avance tecnológico histórico.

Esto da forma a la figura específica de la desindustrialización prematura, que debe ser interpretada como un proceso dinámico y diferente en cada nación, porque los parámetros para definirla, con referencia al ámbito global, cambian con el avance del mismo proceso.

En una interesante coincidencia, Rodrik, Palma, Tregenna, Castillo y Martins Neto (2016) expresan preocupación por los países de América Latina que se industrializaron por la vía de sustitución de importaciones conducida por el Estado, en particular Argentina, Brasil y Chile. El abrupto cambio de régimen económico a partir de la década de los 1970s, provocó en esta región un proceso de desindustrialización del que sus economías no han salido en forma definitiva. La consecuencia en la actualidad de no haber logrado revertir este proceso iniciado hace cuatro décadas es la “... especialización creciente en commodities, manufacturas con base en recursos y servicios de baja productividad” (Castillo y Martins Neto, 2016, Abstract, página 5, traducción propia).

Caracterizada como desindustrialización-político inducida, también fue experimentada por países avanzados. Las consecuencias fueron distintas aunque no menos serias.

La economía de Argentina es un ejemplo claro y extremo de esta desindustrialización prematura político-inducida, carácter que no solo refiere a su etapa inicial en los 1970s sino a también a los ciclos posteriores de política anti-industrial. A pesar de los resultados positivos del ciclo de recomposición iniciado en de 2003, la solidez y fuerza de la tendencia los volvieron insuficientes para una reversión total.

Contribuyeron otros elementos. La relación ingreso per cápita - industrialización relativa muestra la clásica evolución en forma de U-invertida. La desindustrialización del empleo se produjo antes de la del producto y los máximos de 25 % y 31 %, alcanzados en 1958 y 1973 respectivamente, denotan un muy buen desempeño. Pero constituyen puntos de quiebre a niveles de ingreso per cápita inferiores a los equivalentes en los países avanzados y su magnitud se asocia con la duración y alcance del impacto negativo.

Para más evaluación de su intensidad es útil tener en cuenta que el producto industrial, se redujo 7% en 30 años en valores constantes: el PIB a costo de factores en 2002 fue 7% inferior al de 1972. En la crisis de 2001-2002 el empleo manufacturero cayó 43% en términos absolutos respecto al máximo de 1975. Palma estima en Europa la pérdida del peso relativo fue enorme pero inferior, promediando 33%. El dato permite dimensionar el nivel de gravedad desindustrialización del empleo en Argentina. En palabras de Tregenna (2015, página 27, traducción propia): *“..Es muy diferente del caso en que una caída del empleo manufacturero relativo se explica principalmente por una declinación del sector manufacturero en relación al PBI o incluso una contracción absoluta del producto manufacturero. En este escenario, una economía podría estar particularmente en riesgo de perder los efectos sobre el crecimiento de la manufactura y es más probable que sea un fenómeno patológico”*.

En síntesis, el cambio de política económica, al modificar muy rápidamente las reglas de juego previas, en lugar de favorecer la expansión industrial, habría impuesto las condiciones para su declive. Las actividades manufactureras tienen claras ventajas (dinamismo tecnológico, ocupación de cantidades significativas de trabajo no-calificado, carácter comercializable), y esta desindustrialización, temprana, reiterada y tendencial, es una amenaza de anulación definitiva este canal de desarrollo.

A la economía de Argentina se le presenta nuevamente el desafío de emerger para transformarse en una sociedad industrial; cuestión pendiente pero en un escenario de nuevos paradigmas tecnológicos (ingeniería genética, TICs, nuevos materiales, energía de

fuentes alternativas). La salida parece estar en focalizar nuevamente los aumentos de productividad que resultan de la expansión manufacturera y se difunden en toda la economía. Se trata de reconocer nuevamente los “hechos estilizados” característicos de la evolución industrial y de las “leyes generales” enunciadas por Kaldor (Kaldor, 1934a, 1934b, 1966, 1971, 1978). En el caso de Argentina, además, algunos trabajos permitirían concluir que estas leyes tienden a cumplirse. (Amico, Fiorito y Hang, 2011; Laría, Cabezas y Rama, 2011).

Es imprescindible una agenda industrial prospectiva – estratégica, marco de la política industrial prioritaria dentro de una política macroeconómica consistente con la meta de una nueva y diferente reindustrialización, en concordancia con el avance hacia una economía del Conocimiento, recuperando críticamente las experiencias de las fases ascendentes de los ciclos manufactureros experimentados.

Bibliografía

Amico, F., Fiorito, A., y Hang, G. (2011). “Producto potencial y demanda en el largo plazo: hechos estilizados y reflexiones sobre el caso argentino reciente”. CefidAr, documento de trabajo, (35).

Alejandro, C. F. D., y Carlos, F. (1970). **Ensayos sobre la historia económica argentina**. Amorrortu.

Barton, R. (2015). “‘Good Riddance to the Stinkin’ Place’: Deindustrialisation and Memory at Associated Pulp and Paper Mills in Burnie, Tasmania”. *Labor History*, Issue 109, pp. 149-167

Berlingieri G. (2014). “Outsourcing and the Rise in services.” LSE Centre for Economic Performance Discussion Paper 1199.

Bluestone B. and Harrison B. (1982). **The Deindustrialization of America: Plant Closing, Community Abandonment, and the Dismantling of Basic Industry**. New York: Basic Books, citado por Van Neuus (2016).

Castillo, M. y Martins Neto, A. (2016). **Premature deindustrialization in Latin America**. ECLAC – German Cooperation. Production Development Series Número 205.

Catalan, J. (2013). “¿Gran recesión o gran depresión?: Des-Industrialización y crisis financiera en la España del euro, 2001-2012”. En Actas del I Congreso de Economía y Libertad (p. 122).

Clark C. (1940). **The Conditions of Economic Progress**. Macmillan, New York analizado en Gerald M. Meirs and Dudley Seers “Clark, C. (1984). Development economics: the early years”. **Pioneers in Development**. New York: Oxford University Press (for the World Bank).

Coatz D. y Schteingart D, (2016) La industria argentina en el siglo XXI: entre los avatares de la coyuntura y los desafíos estructurales Boletín Informativo Techint n° 353, septiembre-diciembre.

Corden, W.M. and J.P. Neary (1982). “Booming sector and Dutch disease Economics”, Economic Journal en Corden, W. M. (1982). “Booming sector and Dutch disease economics: a survey”. Australian National University, Faculty of Economics and Research School of Social Sciences...

Dijohn, J. (2007). **The Political Economy of Late Industrialization in Oil-Exporting Countries**, Penn University Press.

Dutra Fonseca, P. C., y Arend, M. (2016). Aportes neoschumpeterianos al debate sobre los patrones de crecimiento de la economía brasileña en el siglo XXI. América Latina Hoy, (72).

Fajnzylber, F. (1983). **La industrialización trunca de América Latina**, México: Editorial Nueva Imagen.

Ferrer, A. (1979). **La economía argentina**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ferrucci, R. J. (1995). **Instrumental para el estudio de la economía argentina**. Macchi.

Fisher A.G.B. (1939). “Primary, Secondary and Tertiary Production”. In: Economic Record, 15(28), pp. 24-38 citado por Van Neuss L (2016).

Kaldor N. (1934a). **A classificatory Note on the Determinateness of Equilibrium**, The Review of Economics History Vol. 1 N° 2 pp.122.

----- (1934b). **The equilibrium of the firm**. The Economic Journal, 60-76.

- (1966) **Causes of the slow rate of economic growth of the United Kingdom: an inaugural lecture.** Cambridge University Press.
- (1971) **Conflicts in national economic objectives.** Economic Journal. March.
- (1978) **Further Essays on Economic Theory.** New Cork: Holmes y Meier.
- Krugman, P. (1996). "Domestic Distortions and the Deindustrialization Hypothesis." NBER Working Paper No. 5473
- Kuznets S. (1973). "Modern Economic Growth: Findings and Reflections". American Economic Review, 63(3), pp.247-258
- Laría, P. I., Cabezas, S. R., y Rama, V. (2011). **Industrialización y Desindustrialización de Argentina en la segunda mitad del siglo XX: La paradójica validez de las leyes de Kaldor-Verdoorn.** Cuadernos de Economía, 30(55), 235-272.
- Llach, J. J., y Sánchez, C. E. (1984). **Los determinantes del salario en la Argentina. Un diagnóstico de largo plazo y propuestas de políticas.** Estudios, 7(29).
- Marshall, A., (1920). **Principles of Economics,** London, Macmillan, 8th edition.
- Martínez, R. G. (1999) **Recopilación de series históricas del Producto y del Ingreso.** CEPAL Colección: Documentos de Proyectos, Estudios e Investigaciones.
- Matsuyama K. (2009). "Structural Change in an Interdependent World: A Global View of Manufacturing Decline." Journal of the European Economic Association, 7(2-3), pp.478-486.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, **Encuesta de Indicadores Laborales (EIL).** Evolución del empleo privado registrado.
- Ngai, L.R. y Pissarides, C.A. (2007). "Structural change in a multi-sector model of growth". American Economic Review, 97(1), pp.429-443.
- Palma, J. G. (2005), "Four sources of de-industrialisation and a new concept of the Dutch-Disease", en JA Ocampo (ed.) **Beyond Reforms: structural dynamic and macroeconomic vulnerability,** Stanford University Press and the World Bank.
- Palma, J. G. (2014). "De-industrialisation, 'premature' de-industrialisation and the dutch-disease". Revista do Núcleo de Estudos de Economia Catarinense, NECAT 3(5), 7-23.

- Pérez, C. (2009). “Technological roots and structural implications of the double bubble at the turn of the Century” Working paper No. 31 Centre for Financial Analysis and Policy (CFAP/CERF).
- Rodrik, D. (2016). “Premature deindustrialization”. *Journal of Economic Growth*, 21(1), 1-33.
- Rowthorn, R (1994), “Korea at the Cross-roads”, CBR, Cambridge University, WP 11. Citado por Palma, J. G. (2014).
- Rowthorn R. y Coutts K. (2013). “De-industrialisation and the Balance of Payments in Advanced Economies.” *Future of Manufacturing Project: Evidence Paper 31*, Foresight, Government office for Science.
- Tregenna, F. (2013) A new theoretical analysis of deindustrialisation. *Cambridge Journal of Economics*, 38(6), 1373-1390.
- Tregenna, F. (2015). Deindustrialisation, structural change and sustainable economic growth. Maastricht Economic and social Research institute on Innovation and Technology (UNU-MERIT) y Maastricht Graduate School of Governance (MGSoG).
- Van Neuss, L. (2016). “The Economic Forces behind Deindustrialization: An Empirical Investigation”. [Browser Download This Paper](#).
- Verdoorn, P. J. (1951). “One empirical law governing the productivity of labor”. *Econometrika* (Abril).
- Young, A. A. (1928). “Increasing returns and economic progress”. *The economic journal*, 38(152), 527-542.